

Las relaciones entre los hombres y los espíritus han existido siempre. Por este medio se ha difundido en el mundo una revelación continua. Cruza á través del tiempo una corriente de poder espiritual cuya fuente es el mundo invisible. Algunas veces esa corriente se oculta en la sombra; se desarrolla en el sentido profundo de la historia; se oculta bajo las bóvedas de los templos de la India y del Egipto, en los misteriosos santuarios de la Galia y de la Grecia; no es conocida más que de los sabios, de los iniciados. Mas otras veces también, en las épocas elegidas por Dios, sale de los lugares ocultos y reaparece á plena luz, á la vista de todos: trae á la humanidad esos tesoros, esas riquezas olvidadas que van á embellecerla, á enriquecerla, á regenerarla.

Así es como las verdades superiores se revelan á través de los siglos para facilitar y estimular la evolución de los séres. Esas verdades se nos manifiestan con la ayuda de mediums poderosos, por la intervención de Espíritus avanzados que han vivido en la tierra, y que han sufrido en ella por el Bien y por la Justicia. Esos Espíritus selectos han vuelto á la vida del espacio, mas no han cesado de velar sobre la humanidad y de comunicarse con ella.

En ciertas épocas de la historia, un aliento de lo alto pasa sobre el mundo; disípanse las brumas que envuelven al pensamiento humano; las supersticiones, las dudas, las quimeras, se desvanecen; revélanse las grandes leyes del destino; la verdad aparece.

¡Felices quienes la reconocen y saben acogerla!



VI

ALTERACIÓN DEL CRISTIANISMO.—LOS DOGMAS.

Como un río revuelve con sus olas las pepitas de oro, la Iglesia mezcla, en su enseñanza, la pura moral evangélica con la oleada de sus propias concepciones.

Hemos dicho que, después de la muerte del Maestro, los primeros cristianos poseían aún, en su comunicación con el mundo invisible, un fecundo venero de inspiraciones, y las ponían de manifiesto. Mas las instrucciones de los espíritus no estaban siempre en armonía con las miras del sacerdocio naciente, el que, si encontraba un auxilio en tales relaciones, hallaba también en ellas, muy á menudo, severa censura para sus actos, y aun expresa condenación de los mismos.

En la obra del Padre Longueval¹ puede verse cómo á medida que se elabora en los primeros siglos la obra dogmática de la Iglesia, los espíritus se separan poco á poco de los cristianos ortodoxos para inspirar á aquellos á quienes se designaba entonces con el nombre de heresiarcas.

Montan, dice también el abate Fleury,² tenía dos profetisas, dos damas nobles y ricas, llamadas Priscila y Maximila. Cetrinta obtenía igualmente revelaciones.³ Apolonio de Tiana se contaba entre esos hombres favorecidos del cielo, que han sido asistidos por un «espíritu sobrenatural.»⁴ Casi todos los maestros de la escuela de Alejandria eran inspirados por genios superiores.

¹ Historia de la Iglesia Galicana. t. I, p. 84.

² Hist. ecl., lib. IV, 6.

³ Ibid., lib. II, 3.

⁴ Hist. ecl., lib. I, 9.

Todos estos espíritus, apoyándose en la confesión de San Pablo: « Todo lo que nosotros tenemos de conocimiento y de profecía, es muy imperfecto » (I. *Cor.*, XIII, 9), traían, según dicho de ellos mismos, una revelación que venía á confirmar y á completar la de Jesús.

Desde el siglo III, afirmaban que los dogmas impuestos por la Iglesia como un desafío á la razón, no servían más que para oscurecer el pensamiento de Cristo. Combatían el fausto ya excesivo y escandaloso de los obispos, clamando enérgicamente contra todo lo que era á sus ojos un rebajamiento de la moral.¹

Esta oposición creciente se convertía en intolerable á los ojos de la Iglesia. Los « heresiarcas, » aconsejados y dirigidos por los espíritus, entraban en abierta lucha con ella. Interpretaban el Evangelio con una extensión de miras que la Iglesia no podía admitir sin que se arruinaran sus intereses materiales. Casi todos se convertían en neo-platónicos, aceptando la sucesión de las vidas del hombre, y lo que Orígenes llamaba « las penas medicinales, » es decir, los castigos proporcionados á las faltas del alma, reencarnada en cuerpos nuevos para rescatar su pasado y purificarse por el dolor. Esta doctrina, enseñada por los Espíritus, y de la que Orígenes y muchos Padres de la Iglesia encontraban, como lo hemos visto, la sanción en las Escrituras, era más conforme á la justicia y á la misericordia de Dios, que no puede condenar las almas á suplicios eternos después de una sola vida, sino que debe proporcionarles los medios de elevarse por medio de existencias laboriosas, por pruebas aceptadas con resignación y soportadas con valor.

Esta doctrina de esperanza y de progreso no inspiraba, en concepto de los jefes de la Iglesia, bastante terror del pecado y de la muerte. No permitía sentar sobre bases bastante sólidas

¹ Padre Longueval. *Historia de la Iglesia Galicana*, I, 84.

las la autoridad del sacerdocio. El hombre, pudiendo rescatarse por sí mismo de sus faltas, no tenía necesidad del sacerdote. El don de profecía, la comunicación constante con los Espíritus, eran fuerzas que minaban sin cesar el poder de la Iglesia. Esta, asustada, resolvió poner término á la lucha, ahogando el profetismo. Impuso el silencio á todos aquellos, invisibles ó humanos, que, con el fin de espiritualizar el cristianismo, afirmaban ideas cuya elevación le espantaba.

Después de haber visto durante tres siglos en el don de profecía ó de mediumnidad — que todos podían adquirir, según la promesa de los Apóstoles — un medio soberano para dilucidar los problemas religiosos y fortificar la fe, la Iglesia acabó por declarar que todo lo que provenía de esta fuente no era más que mera ilusión ú obra del demonio. Se afirmó á sí misma, desde lo alto de su autoridad, como si ella fuese la sola profecía viva, la única revelación perpetua y permanente. Todo lo que no emanaba de ella fué condenado, infamado. Toda esa fase grandiosa del Evangelio de que hemos hablado; toda la obra de los profetas que le completaba y le iluminaba, fueron veladas con sombras. Ya no se habló de espíritus ni de elevación de los seres en la escala de las existencias y de los mundos; nada de rescate de las faltas cometidas; nada de progresos realizados y trabajos continuados á través de lo infinito de los espacios y del tiempo.

Se han perdido de vista tales enseñanzas, se ha olvidado la verdadera naturaleza de los dones de profecía, á tal punto, que los comentadores modernos de las Escrituras dicen que « la profecía no era más que el don de explicar á los fieles los misterios de la religión. »¹ Los profetas eran para ellos « el obispo y el sacerdote que juzgaban, por el don de discernimiento y las reglas de la Escritura, si lo que es dicho viene del espíritu de Dios ó del espíritu del demonio. » Contradicción abso-

¹ Le Maistre de Sacy, *Comentarios de San Pablo* (I, 3, 22, 29.)

luta con la opinión de los primeros cristianos, que en los profetas veían inspirados, no de Dios, sino de los espíritus, como lo dice San Juan en el pasaje ya citado de su *Epístola* (IV, 1).

Por un momento se había creído que la doctrina de Jesús, unida á las miras profundas de los filósofos alejandrinos, iba á prevalecer sobre las tendencias del misticismo judío-cristiano y á impeler á la humanidad por la extensa vía del progreso y á conducirla hacia la fuente de las altas inspiraciones espirituales. Mas los hombres desinteresados, amantes de la verdad por ella misma, no eran muy numerosos en los concilios. Doctrinas mejor adaptadas á los intereses terrestres de la Iglesia, fueron elaboradas por esas asambleas, que no cesaron de inmovilizar y de materializar la religión. Debido á ellas y bajo la influencia soberana de los pontífices romanos, fué formado, durante el transcurso de los siglos, ese tejido de dogmas atrevidos que no tienen nada de común con el Evangelio y le son muy posteriores; sombrío edificio donde el pensamiento humano, semejante al águila cautiva, impotente para desplegar sus alas y no mirando más que un pedazo de cielo, fué encerrado durante tanto tiempo como en una tumba.

Ese valladar puesto en el camino de la humanidad, surgió en 325, con el Concilio de Nicea, y tuvo su complemento con el Concilio de Roma en 1870. Su fundamento es el pecado original, y su remate la inmaculada concepción y la infalibilidad papal.

Por esta obra monstruosa el hombre aprende á conocer á un Dios implacable y vengador, ese infierno siempre abierto, ese paraíso cerrado á tantas almas valientes, á tantas nobles inteligencias y fácilmente conquistadas por una vida de algunos días, con tal que haya sido purificada por el bautismo; concepciones que han arrojado á tantos seres humanos á la desesperación y al ateísmo.

* * *

Examinemos los principales dogmas y misterios cuyo conjunto constituye la enseñanza de las Iglesias cristianas. Su exposición la encontraremos en todos los catecismos ortodoxos.

Nótase desde luego la extraña concepción del Sér divino que conduce al misterio de la Trinidad, un solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Jesús había traído al mundo una noción de la divinidad desconocida para el judaísmo. El Dios de Jesús no es ya el despota parcial y envidioso que protege á Israel contra los demás pueblos: es el Dios, padre de la humanidad. Todas las naciones, todos los hombres son sus hijos. Es el Dios en quien todo vive, se agita y respira, immanente en la naturaleza y en la conciencia humana.

Para el mundo pagano, como para los judíos, esa noción de Dios contenía toda una revolución moral. A los hombres que habían llegado á divinizar todo y á temer todo lo que habían divinizado, la doctrina de Jesús revelaba la existencia de un solo Dios Creador y Padre, por quien todos los hombres son hermanos y en nombre del cual todos se deben asistencia y afecciones mutuas. Tal doctrina hacía posible la comunión con este Padre, por la unión fraternal de los miembros de la familia humana. Abría á todos el camino de la perfección por el amor al prójimo y el sacrificio en favor de la humanidad.

Esta doctrina, sencilla y grande á la vez, debía elevar al espíritu humano hasta alturas inmensas, hacia el foco divino, del que cada hombre puede sentir en sí la irradiación. ¿Cómo esta idea sencilla y pura de la divinidad, que podía regenerar al mundo, ha sido transformada hasta el punto de convertirse en desconocible?

Y ese fué el resultado de las pasiones y de los intereses ma-

teriales que entraron en acción en el mundo cristiano después de la muerte de Jesús.

La noción de la Trinidad, tomada de una leyenda india, que era la expresión de un símbolo, vino á obscurecer y á desnaturalizar esta alta idea de Dios. La inteligencia humana podía elevarse hasta la concepción del Sér eterno que abarca el universo y da vida á todas las criaturas; mas no puede explicarse cómo tres personas se unen para constituir un solo Dios. La cuestión de consubstancialidad no dilucida el problema, y en vano se nos hará observar que al hombre no le es dado conocer la naturaleza de Dios. Aquí no se trata de atributos divinos, sino de la ley de la medida y de los números, ley que todo lo regula en el universo, aun las relaciones que ligan la razón humana á la razón suprema de las cosas.

Pero esta concepción trinitaria, tan oscura, tan incomprendible, ofrecía una gran ventaja á los ojos de la Iglesia: le permitía convertir á Jesucristo en Dios; daba al espíritu poderoso que ella titula su fundador, un prestigio que reflejaba sobre ella y aseguraba su poder. Hé aquí el secreto de su adopción por el Concilio de Nicea, después de las discusiones y las turbulencias que agitaron los espíritus durante tres siglos. Las discusiones sólo cesaron con la proscripción de los obispos arrianos, ordenada por el Emperador Constancio, y el destierro del Papa Liberio, que había rehusado sancionar la decisión del Concilio.¹

La divinidad del Cristo, rechazada por tres Concilios, es sancionada en estos términos, en el año 325, por el de Nicea:

«La Iglesia de Dios, católica y apostólica, anatematiza á aquellos que dicen que había un tiempo en que el Hijo no existía, ó que no existía antes de haber sido engendrado.»

Esta declaración está en contradicción formal con el parecer de los apóstoles y de los evangelistas. Cuando todos creían

¹ Véase, para los detalles de estos hechos, á E. Bellemare, *Espírita y Cristiano*, p. 212.

que el Hijo era creado por el Padre, los obispos del siglo IV proclaman al Hijo igual al Padre, «eterno como él, engendrado y no creado,» dando así un mentís al mismo Cristo, el cual decía y repetía: «Mi Padre es más grande que yo.»

Para justificar esta afirmación, la Iglesia se apoya en ciertas palabras de Cristo que, si son exactas, han sido mal comprendidas, mal interpretadas. Por ejemplo, en *Juan* (X, 33), dice: «Te apedreamos porque siendo hombre, te haces Dios.»

La respuesta de Jesús destruye esta acusación y revela su pensamiento íntimo: «¿No está escrito en vuestra ley: Yo digo: Vosotros sois dioses?» (*Juan*, X, 34).¹

«Si ella ha llamado dioses á aquellos á quienes la palabra de Dios es dirigida» (*Juan*, X, 35).

Ya se sabe que los antiguos, latinos y orientales, llamaban dioses á todos aquellos que por cualquier título se elevaban sobre el nivel común de los hombres.² El Cristo, á esta calificación abusiva, prefería la de hijos de Dios para designar á los que buscaban y observaban las enseñanzas divinas. Esto se explica en el versículo siguiente:

«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» (*Mateo*, V, 9.)

Los apóstoles daban el mismo sentido á esta expresión:

«Todos los que son conducidos por un espíritu de Dios (es decir, por un espíritu bueno y elevado), son hijos de Dios.» (*San Pablo, Ep. á los Romanos*, VIII, 14.)

Jesús lo confirma en muchas circunstancias:

«¿Diréis que yo blasfemo, yo á quien el Padre ha santificado y ha enviado al mundo, porque he dicho: Yo soy el hijo de Dios?» (*Juan*, X, 36).³

¹ Estas palabras se refieren al siguiente pasaje del salmo LXXXII, v. 6: «Yo digo: Vosotros sois dioses, y todos sois hijos del Altísimo.»

² Véase la nota complementaria número 8.

³ Si en su lenguaje parabólico, Jesús se denominaba muchas veces hijo de Dios, se designa más frecuentemente con el título de *el hijo del hombre*. Tal expresión se encuentra setenta y seis veces en los Evangelios.

« Jesús responde: ¿Por qué me llamas tú bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. » (*Lucas*, XVIII, 19.)

« Yo nada puedo hacer por mí mismo. No procuro hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado » (*Juan*, V, 30.)

Las siguientes palabras son más explícitas aún:

« Vosotros queréis sacrificarme á mí, que soy *un hombre*, que os he dicho la verdad que he aprendido de Dios. » (*Juan*, VIII, 40.)

« Si vosotros me amáis, os regocijaréis de que voy á mi Padre, pues mi Padre es más grande que yo. » (*Juan*, XVI, 28.)

« Jesús dice á Magdalena: Vé hacia *mis hermanos* y díles que yo subo hacia mi Padre y *Padre vuestro*, hacia mi Dios y *vuestro Dios*. » (*Juan*, XX, 17.)

De esta manera, lejos de enunciar la idea sacrilega de que él era Dios, en todas circunstancias Jesús habla del Sér infinito como la criatura debe hablar del Creador, ó bien como un subordinado habla de su señor.

Los mismos apóstoles veían sólo en Jesús un misionero, un enviado de lo alto, un espíritu superior, sin duda, por sus luces y sus virtudes, pero nada más un espíritu humano. Su actitud para él, su lenguaje, lo prueban claramente. Si los apóstoles lo hubieran considerado como Dios, ¿no se habrían prosternado delante de él, no le hubieran hablado arrodillados? Mas no fué así: sus deferencias y respetos no pasaban de lo que se debe á un maestro, á un hombre eminente. Dábanle habitualmente el título de maestro (*rabbi* en hebreo). Los Evangelios dan fe de ello. Cuando le llaman Cristo, no ven en esta calificación sino el sinónimo de « enviado de Dios. »

« Pedro responde: ¡Tú eres el Cristo! » (*Marcos*, VIII, 29.)

El sentir de los apóstoles se encuentra explicado claramente en ciertos pasajes de los *Hechos*. Según el capítulo II, v. 22, Pedro se dirige á la multitud y le habla de este modo:

« Hombres israelitas, escuchad mis palabras. Jesús el Naza-

reno ha sido *un hombre (virum)*, aprobado por Dios entre nosotros, por los efectos de su poder, por los milagros que ha hecho por él ante vosotros. »

El mismo pensamiento fué expresado por *Lucas*, XXIV, 18, 19:

« Jesús de Nazareth ha sido *un profeta*, poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y delante de todo el pueblo. »

Así pues, para los discípulos de Jesús como para todos aquellos que estudien atenta é imparcialmente el problema de esa maravillosa existencia, el Cristo, según la expresión que él mismo se aplica, no es más que el « profeta » de Dios, es decir, el intérprete, el mensajero de Dios, un espíritu dotado de facultades especiales, de poderes excepcionales, pero no superiores á la naturaleza humana. Su clarividencia, sus inspiraciones, el don de curar que poseía en tan alto grado, se encuentran, aunque en diversos grados, en diferentes épocas y en otros hombres.

Se puede comprobar la existencia de tales facultades en los médiums de nuestros días, no reunidas, de manera que constituyan una personalidad poderosa como la de Cristo, sino dispersas, repartidas en gran número de individuos. Las curaciones de Jesús no son milagros,¹ sino la aplicación de un poder fluídico y magnético, el mismo que vemos actuar, aunque en distintos grados de potencia, en ciertas curaciones de nuestra época. Tales poderes están sujetos á variaciones, á intermitencias, sucediendo igual cosa con el mismo Cristo, como lo prueban estos versículos del Evangelio de Marcos (VI, 4, 5):

« Y Jesús les dijo: Un profeta está sin honor² en su patria. »

¹ Lo que se llama milagros, son los fenómenos producidos por la acción de fuerzas desconocidas que la ciencia descubre tarde ó temprano. No puede haber milagro en el sentido de que él implique la derogación de las leyes naturales. Por la violación de dichas leyes, el desórden y la confusión penetrarían en el mundo. Dios no puede haber establecido leyes para violarlas en seguida. Nos daría de este modo el peor ejemplo, pues si violamos la ley, ¿podríamos ser castigados por ello, cuando Dios, creador de la ley, fuera quien la desconociese?

² Es decir, no es allí estimado ni considerado.—(*N. del T.*)

en su casa y en su familia. Ningún milagro puede obrar allí.»

Todos los que han observado de cerca los fenómenos del espiritismo, del magnetismo y de la sugestión, y se han remontado de los efectos á la causa que los produce, saben que existe grande analogía entre las curaciones obradas por el Cristo y las que han obtenido nuestros prácticos modernos. Como él, pero con menor poder y menor resultado, los curanderos espíritas tratan los casos de obsesión y de posesión, y con el auxilio de pases y tocamientos, por la imposición de las manos, libran á los enfermos de los males causados por la influencia de los espíritus impuros, de aquellos que la Escritura designa con el nombre de *demonios*:

«Y habiendo venido la tarde, le fueron presentados muchos «endemoniados, de los que extirpó los malos espíritus con su «palabra; curó á todos los que estaban enfermos.» (*Mateo*, VIII, 16.)

La mayor parte de las enfermedades nerviosas provienen de trastornos causados por influencias extrañas en nuestro organismo fluidico ó periespiritu. La medicina, que sólo estudia el cuerpo material, no ha podido descubrir la causa de dichos males y los remedios aplicables. Por esto es casi siempre impotente para curarlos. La acción fluidica de ciertos hombres, sostenida por la voluntad, la oración y asistencia de los Espíritus elevados, pueden hacer cesar tales turbaciones, volver á la envoltura fluidica de los enfermos sus vibraciones normales y obligar á los malos espíritus á que se retiren. Esto era lo que obtenía fácilmente Jesús, y después de él, los apóstoles y los santos.

* * *

Los conocimientos difundidos entre los hombres por el Espiritualismo moderno, nos permiten comprender y definir mejor la elevada personalidad del Cristo. Jesús era un misione-

ro divino, dotado de grandes poderes y un médium incomparable. Él mismo lo afirma:

«Yo no he hablado por mí mismo; aquel que me ha enviado, «el Padre, me ha prescrito lo que he de decir y de qué debo «hablar.» (*Juan*, XII, 49.)

En todas las razas humanas, en todas las grandes épocas de la historia, Dios ha enviado sus misioneros, espíritus superiores, llegados por sus esfuerzos y sus méritos al más alto grado de la jerarquía espiritual. Puede seguirse á través de los tiempos la huella de sus pasos. Sus frentes dominan desde lo alto á las muchedumbres humanas, y su hermosa tarea es dirigirlas hacia las cimas intelectuales. El cielo los ha armado para las luchas del pensamiento; de él han recibido el valor y el poder.

Jesús es uno de esos misioneros divinos, y el más grande de todos. Despojado de la falsa aureola de su divinidad, nos parece más imponente. Ante sus martirios, sus desfallecimientos, su resignación, quedaríamos casi insensibles viniendo de un Dios. Mas todo ello nos conmueve y nos conmueve profundamente en un hermano. De todos los hijos de los hombres, Jesús es el más digno de admiración; más grande cuando predica en la montaña, entre la multitud de los humildes. Mucho más grande aún en el Calvario, cuando la sombra de su cruz se extiende sobre el mundo el día de su suplicio.

El paso de Jesús en la tierra, sus enseñanzas, sus ejemplos, han dejado huellas imborrables, y su influencia se extenderá en los siglos del porvenir. Aún hoy, preside los destinos del globo en que ha vivido, amado y sufrido. Llegado por su sacrificio al rango de gobernador espiritual de este mundo, bajo su oculta dirección y con su apoyo, se efectúa la nueva revelación que, con el nombre de Espiritualismo moderno, viene á restablecer su doctrina, á inculcar en los hombres el sentimiento de sus deberes, el conocimiento de su naturaleza y de sus destinos.